

Ecología política feminista y política del cuidado*

Wendy Harcourt

El cuidado, a nuestros congéneres y a todos aquellos considerados no humanos, puesto como centro de la vida, permite la incorporación y relocalización de todos los seres vivos, al recrear formas de convivencia que privilegian la solidaridad y la ética. Muestras de ese nuevo convivir o del reconocimiento de ancestrales prácticas, son observables en las respuestas y prácticas de enfrentar la pandemia del COVID-19. Desde la narración de tres historias, además de comunicar otros mundos y formas de relación con nosotras/os y con los otros no humanos, donde el pensamiento y acción feministas acerca de las relaciones de cuidado, son fundamentales. A través de tres historias nos narra nuevas sensaciones y prácticas para conocer, analizar y discutir el cuidado, intentando responder sus iniciales preguntas: ¿qué significa cuidar de todos los seres vivos; qué tipo de nueva ética exige, y nueva para qué y para quién?

Introducción

El llamado al cuidado ha surgido como una respuesta extendida frente a la pandemia del COVID-19. En los medios de comunicación convencionales y sociales, en los discursos políticos y en las declaraciones empresariales, en las protestas sociales y en las acciones, la necesidad de cuidado ha sido una respuesta pública muy visible o, como describió Nancy Fraser, “la pandemia es como un “relámpago” que ilumina todas las fallas de nuestro sistema capitalista” (Chang, 2020).

A medida que la pandemia y las crisis ecológicas desestabilizan nuestras vidas, la creciente concientización pública sobre el cuidado, es clave para que podamos aprender de la pandemia y los desastres climáticos. Las feministas llevan mucho tiempo sosteniendo que el cuidado está lejos de ser algo marginal, en la vida de este planeta. La teoría feminista ha demostrado que el cuidado de una/uno misma/mismo, de las familias, de las comunidades, de la naturaleza, de la Tierra, es central en las relaciones y fundamental para nuestra sobrevivencia y bienestar. También ha demostrado como el cuidado se ha dado por sentado, siendo invisibilizado, descontado como algo productivo o rentable, algo efectuado mayoritariamente por las mujeres, las personas de color, las y los inmigrantes o por otros grupos marginados.

* Título original “Feminist Political Ecology and the Politics of Care”. Traducción del inglés al castellano por María Fernanda Auz.

La sensación de que las cosas se están desmoronando a nivel mundial -dondequiera que vivas-, a muchos nos vuelve conscientes de que las cosas deben cambiar. Como dijo Arundhati Roy (2020), en el inicio de la pandemia: “Históricamente, las pandemias han obligado a los seres humanos a romper con el pasado y a imaginar su mundo de nuevo [...] Se ha abierto un portal para un futuro que nos deja transicionar hacia una sociedad más justa.” Otra intelectual pública y feminista, Rebecca Solnit, observó además que “la calamidad compartida hace que muchas personas se sientan urgentemente vivas, menos apegadas a las cosas pequeñas de la vida y más comprometidas con las grandes causas, incluyendo a menudo, la sociedad civil o el bien común” (Solnit 2020).

En este artículo, sostengo que el pensamiento y la acción feminista sobre las relaciones de cuidado deben ser fundamentales para las pequeñas y grandes transiciones hacia una sociedad justa, basada en el bien común compartido. Situar el cuidado en el centro de la economía, la sociedad y nuestras relaciones con el medio ambiente es crucial para nuestra vida cotidiana y nuestra supervivencia planetaria. Como planteó María Puig de la Bellacasa (2017), cuidar es ético y político: “Como una obligación ética, cuidar es convertirse en sujeto ante el otro, reconocer una obligación de cuidar al otro [...] Como una labor práctica, el cuidado requiere algo más que el buen deseo abstracto, el cuidado requiere que nos impliquemos de alguna manera concreta.”

En condiciones de pandemia, nos damos cuenta de lo que tocamos, de lo que respiramos, de con quienes nos cruzamos en las calles, quienes compran cerca, con quiénes viajamos. Nos vemos obligados a ver quién necesita de cuidados, quién tiene acceso a estos y quién se queda por fuera. La forma en que las personas se involucran en el cuidado de los demás y con los demás, es fundamental para las economías, las ecologías y las sociedades. Sin embargo, reconocer que el cuidado fue crucial durante la pandemia no significa romantizarlo. La pandemia condujo a una intensificación del trabajo del cuidado dentro y fuera del hogar, ejecutado principalmente por mujeres, sobre todo de clase trabajadora, inmigrantes y de color. La pandemia ha resaltado tanto la importancia del cuidado así como la crisis que atraviesa, y sobre la cual las feministas han hablado desde hace décadas.

No podemos evitar mirar como las profundas desigualdades sociales y las grandes disparidades económicas, configuran el trabajo del cuidado y, la desigualdad de las respuestas a la pandemia: las desiguales cargas de trabajo, las dificultades económicas y los riesgos que corren los distintos grupos de personas en función de su raza, clase, capacidad, edad, género y sexualidad. Un estudio reciente sobre

112 países (Kabeer et al., 2021), documentó como las mujeres de los hogares con menores ingresos pertenecientes a los grupos marginados, fueron las más afectadas por la crisis del COVID-19, con la pérdida de puestos de trabajo e ingresos, el aumento del trabajo en el hogar, y los consiguientes problemas de salud, siendo especialmente las trabajadoras inmigrantes las más vulnerables.

Al reflexionar sobre como la pandemia interrumpió la vida cotidiana, las infraestructuras estatales y los sistemas sanitarios, nos vemos obligados a ver que tenemos que tomarnos en serio la importancia del cuidado. La pandemia del COVID-19, junto con la crisis climática, muestran también la importancia de las interdependencias humanas con nuestro entorno. A medida que atravesamos este portal, la valoración del cuidado debe pasar de los márgenes al centro del pensamiento y de la política económica, para reconstruir sociedades basadas en las relaciones de cuidado, bienestar y equidad; el virus ha demostrado que el cuidado ha surgido como un valor central para la justicia social. Para reparar nuestro mundo necesitamos de la reciprocidad, del amor, de la responsabilidad y del cuidado como herramientas para afrontar futuros inciertos.

Desde la pandemia, he participado en muchas conversaciones sobre lo que el pensamiento feminista puede aportar a la reorientación de los cuidados en nuestra sociedad en transición y economía. Sobre esas conversaciones, mantenidas en su mayoría en línea, en una variedad de conferencias transnacionales y reuniones de redes, reflexiono sobre como las feministas pueden ayudar a liderar el camino en la remundialización, la reimaginación, la revivificación y la reconexión de las y los unos con las y los otros, con el fin de sanar el pasado y fomentar el bienestar humano y no humano transcultural (Di Chiro, 2019).

A continuación, reflexiono sobre las razones por las que el cuidado debe convertirse en algo central, si queremos avanzar hacia sociedades y economías más justas. Construyo esta reflexión, en referencia al largo y rico análisis del cuidado en la teoría, la práctica y el compromiso feminista en las historias y los contextos. Me centro, en lo que podemos aprender de la ecología política feminista y de la economía feminista, siendo plenamente consciente de que estas le deben mucho a otras corrientes del feminismo como: el ecofeminismo, el feminismo poscolonial y decolonial, y el decrecimiento feminista.

En estas páginas, pregunto: ‘¿qué significa cuidar de todos los seres vivos?, ¿qué tipo de ética nueva exige y, nueva para quién y para qué?’ Me sumo a las académicas feministas del campo de las humanidades ambientales que, de manera creciente, piden que estemos más atentos a las formas en que la vida

humana depende y está entrelazada con otras especies. También pregunto ‘es posible aprender del decrecimiento feminista y de la comprensión pluriversal del cuidado’; exploro como escuchar y aprender desde las historias de resistencia de los conocimientos no occidentales.

Planteo estas cuestiones, a través de la presentación de una revisión crítica de las ideas de la teoría feminista, en gran medida presentes en el lente de la ecología política feminista, y desde la narración de historias. Estoy inspirada por Deborah Bird Rose (2013), y su vívida forma de relatar, y de otras feministas que cuentan historias de reworlding,¹ como Donna Haraway y Catriona Sandilands.

Considero que contar historias es un proyecto ético: no sólo porque ayuda a mostrar las conexiones con las/los demás, sino también porque es una respuesta a las situaciones que perturban. Contar historias nos acerca a lo personal y poderosamente permite que el sentido de lo íntimo inspire empatía y cuidado. A través de la narración de historias podemos imaginar el cuidado de otros mundos, mientras recuperamos nuestros pasados, presentes y futuros (Haraway, 2016: 53). Contar historias nos ayuda a crear mundos mejores, ya que hacemos que las ideas sean accesibles y atractivas dentro y fuera de la academia, “prestando atención a las formas en que siempre estamos creando mundos con otros, y preguntando cómo podríamos hacerlo con cuidado” (Dooren, 2014: 294). A través de la narración de historias, extraídas de mis viajes, pretendo ilustrar como, al prestar atención o notar los actos de cuidado, podemos trabajar hacia visiones más profundas del cuidado que reconozcan nuestra interdependencia mutua y nuestra necesidad de relaciones sostenibles y florecientes.

Empecé a escribir este artículo cuando estaba en Sidney, Australia, en junio de 2021, en la casa de mi hermano, en Tamarama que ofrece una vista al mar, aunque normalmente vivo en Europa en entornos muy urbanos. Cada vez que vuelvo a Australia, me preocupa, como colona blanca australiana, los diferentes significados de lo que es el hogar o el lugar, cuáles son las historias y las políticas de un país profundamente desigual, cuya política conservadora sigue sin reconocer a los pueblos de las primeras naciones en su Constitución, ni en sus respuestas a la crisis. Ese mes de junio había viajado a Australia, a pesar de las restricciones de la pandemia, para visitar a mi frágil padre de 90 años y apoyar a mi madre y a mis hermanos en la organización de sus cuidados. Mi acceso privilegiado a los

1 Nota de traducción: Reimaginar el mundo puede ser comprendido de varias maneras, aquí una posible explicación: “Reworlding es el nombre dado a un esfuerzo concertado para reimaginar los lugares y espacios que habitamos, generando una multiplicidad de futuros con los que afectar positivamente al presente”. Recuperado de: <https://n9.cl/8yc9y>.

recursos (y todas las contradicciones que ello conlleva), me permitió estar con mi familia y plantearme cómo asumir las responsabilidades con mi padre, y también con las comunidades que rodean el hogar familiar, a pesar del futuro incierto. Mis reflexiones, y mi relato en este artículo, reflejan las emociones y los problemas que he sentido personalmente en mi visita, así como las posibilidades esperanzadoras de imaginar cómo avanzar colectiva y responsablemente.

A continuación, intercalo tres historias, con una revisión de las concepciones feministas del cuidado, así como un análisis sobre el cuidado tanto desde la ecología política y economía política feminista. Luego, paso a discutir el aprendizaje sobre el cuidado, desde la resistencia y el conocimiento pluriversal y, cómo trabajar para reparar y amplificar la solidaridad, previo a establecer estrategias para el cuidado colectivo.

Comprensiones feministas del cuidado

El cuidado tiene muchos significados para las feministas. Una de las interpretaciones feministas más perspicaces del cuidado proviene de Joan Tronto, que considera el cuidado “como una actividad de la especie que incluye todo lo que hacemos para mantener, continuar y reparar nuestro “mundo”, para que podamos vivir en él lo mejor posible. Ese mundo incluye nuestros cuerpos, nuestro yo y nuestro entorno, todo lo cual tratamos de entrelazar en una compleja red que sostiene la vida” (Tronto y Fisher, 1991:40).

El examen de Tronto acerca de las dimensiones éticas y políticas del cuidado, es fundamental para la teorización feminista sobre el cuidado. Para ella, el cuidado es una serie de “procesos”: “el cuidado sobre algo”, “el cuidar de algo o alguien”, “el dar cuidado”, “el recibir cuidado”; y “el cuidar con”. Entender el cuidado como un proceso subraya que, para situar el cuidado en el centro de las transiciones económicas y sociales, debemos tener en cuenta los cambios en los cuerpos de las personas, los contextos ambientales, las relaciones, los intereses, las capacidades, así como las condiciones materiales y sistémicas. El cuidado puede ser transformador si se lo ve en relación con la acción, la práctica, la vulnerabilidad y la solidaridad. Se necesitan cambios en todos los niveles del cuidado, desde los lugares (privilegiados heteropatriarcales), de la política y la economía, hasta los lugares donde se reproduce la vida: las comunidades, las cocinas, los huertos familiares, los hospitales, los campos, las granjas, las guarderías, las casas de cuidados (Tronto, 1993: 2010).

Como remarca Tronto, el reconocimiento de los diferentes tipos de cuidados implica (y se basa en), relaciones de poder desiguales. Así pues, aunque el cuidado da vida y nutre, también puede ser violento y opresivo. Greta Gaard (2011) observa: “El cuidado no solo sostiene, sino que también disciplina y categoriza los cuerpos humanos y no humanos, a menudo de formas necesariamente políticas”.

Las feministas politizan la asociación del cuidado (dar, recibir y cuidar con), para argumentar que el cuidado sostiene y subvierte a las comunidades de manera inquebrantable y política; en efecto, las feministas reclaman las necesidades, vulnerabilidades y capacidades de los diferentes cuerpos para sentir y percibir, para moverse y expresar, para resonar con otros, para nutrirse mutuamente, para sufrir, envejecer, crecer y transformarse. De este modo, el cuidado es una fuente de poder y posibilidad. El cuidado de los demás y con los demás, también se extiende al planeta a través de conceptos como el cuidado de la Tierra, en el que los actos de cuidado conectan a los humanos no sólo entre ellos, sino también con las plantas, los suelos, los bosques, los ríos, los desiertos y los animales (Plumwood, 1993; Gaard, 2011), como explico más adelante en la sección sobre ecología política feminista.

La forma de recibir cuidados es tan importante como la de darlos. Recibir atención, reconoce que todos somos vulnerables y dependientes de los demás y que estamos unidos en nuestra interdependencia. Durante la crisis del COVID-19, la gente de todo el mundo, aprendió que somos vulnerables (al virus), y que nuestra capacidad de acceder a los cuidados era crucial. Así, se hizo más evidente que la necesidad de *recibir* cuidados es un hecho universal. También vimos como el cuidado es relacional, de tal forma que: el cuidado de los otros requiere de la solidaridad con los demás, como vimos en las crecientes demandas de mejora del bienestar, la asistencia sanitaria, el cuidado de los niños y los ancianos, la educación y la vivienda, por parte de las redes de vecinos y las cooperativas comunitarias emergentes.

Ecología Política Feminista

El lente con el que miro el cuidado es como ecóloga política feminista. La ecología política feminista (EPF), es una teoría y una práctica del feminismo interseccional que se interesa por las relaciones entre el género y el medio ambiente, en relación con la raza, la clase, la sexualidad, la especie, la edad, la capacidad y la nación. La EPF se inspira y contribuye a una serie de pensamientos y prácticas feministas que incluyen (en términos muy generales), la justicia global de género,

la justicia climática, la agricultura sostenible, las políticas del cuerpo, las tecnologías reproductivas, la soberanía alimentaria, el comunitarismo y el decrecimiento, la ecología queer y la autodeterminación sexual; la justicia entre especies, los currículos educativos radicales; las prácticas decoloniales y los derechos indígenas.

La ecología política feminista (Elmhirst, 2018), surge de una larga y a veces difícil conversación, en torno a las intersecciones del feminismo y el medio ambiente, empezando por el ecofeminismo (Gaard, 2001; Mellor, 1997; Merchant, 1995; Shiva, 1988; Salleh, 2009; King, 1989), el feminismo ecológico (Warren, 1991), el feminismo ambientalista (Agarwal, 1992; Seager, 1993), el ecosocialismo feminista crítico (Plumwood, 1993 y 2002), así como, el género y el medio ambiente (Harcourt, 1994; Dankelman, 2010). También está influenciado por la teoría queer (Gaard, 1993 y 2011; Sandilands, 2001), el decrecimiento (Barca, 2020), y el feminismo decolonial (De Jong et al., 2018).

La EPF, está siempre en conversación con estos diferentes feminismos, con sus estudios históricos, culturales y simbólicos de la opresión y explotación de las mujeres y de la naturaleza. La EPF, se suma a estos estudios mostrando como las relaciones entre las personas, la cultura y la naturaleza son fluidas y cambiantes, y están determinadas no solo por los roles biológicos y sociales reproductivos de género, sino también por la raza, la clase, la etnia, la capacidad y la edad. La EPF abre un debate sobre las tensiones y problemas en torno a cómo la sociedad y la naturaleza se co-constituyen mutuamente en procesos sociales, políticos y económicos, que se negocian continuamente (Harcourt y Nelson, 2015: 17). La EPF, plantea preguntas sobre las conexiones íntimas de la opresión, a través de un análisis interseccional que examina como el género, la clase, la casta, la raza, la cultura y la etnia configuran los procesos de cambio ecológico y, están determinados por los procesos ecológicos, tecnológicos y político-económicos, en nuestras relaciones con los seres humanos y con los seres más que humanos.

Primera historia: Jardinería de guerrilla

Mi primera historia pretende mostrar a la EPF en la práctica. Actualmente estoy involucrada en la Red de Formación sobre Bienestar, Ecología, Género, Innovación y Comunidad (WEGO por sus siglas en inglés),² una red intergeneracional de académicas feministas, quienes están estudiando el extractivismo, el

2 Wellbeing, Ecology Gender and Community (WEGO), innovation training network. Ver en: <https://www.wegoitn.org/>

comunitarismo, la política del cuerpo y la organización comunitaria; entre diferentes personas y lugares. Durante un breve viaje a la India en febrero de 2020, para recorrer algunos de los sitios donde dos PhDs de WEGO, realizaban una investigación colaborativa en Pune y Chennai, experimenté (como en muchos otros viajes), como el cuidado está entrelazado con conexiones feministas transnacionales, relaciones, sensaciones personales íntimas, miradas, colores y olores. Son estos momentos y desde una visión feminista, donde he podido aprender y acuepar³ el conocimiento, al resonar con las experiencias de otras y buscar colectivamente ir más allá de las diferencias. Aquí, en este viaje feminista, aprendo a confiar en las señales habladas y en las tácitas, al sentir las esperanzas compartidas de lo que es posible. Esto significa escuchar y preocuparse, en múltiples niveles, aunque solo sea por un momento, y aunque las diferencias de entornos, historias, culturas y lenguajes siempre estén presentes.

Llegué a la India sintiéndome un poco incómoda por mi posición como mujer académica blanca, de edad avanzada, que viajaba sin compañía justo al comienzo de COVID-19. Me sentía incómoda, vulnerable y humilde por todo aquello que percibía que no podía hacer. Mi interés por este grupo de estudios, hizo posible este viaje. Los debates se dieron mientras disfrutábamos de la frondosa y centenaria belleza de los árboles existentes en las universidades locales, contemplando los templos centenarios, eligiendo la comida para cocinar juntas, visitando las cooperativas locales y compartiendo las puestas de sol y los cielos iluminados por la luna. Las estudiantes y yo, hablamos del cuidado de los otros seres más que humanos, mientras observábamos a los dos perros callejeros que vivían en el terreno del edificio donde nos alojábamos en la ciudad de Chennai. Decidimos hacer un trabajo práctico de cuidado: limpiar la basura que había en el suelo y poner algunas plantas (resilientes) frente al edificio.

Comenzamos nuestra jardinería de guerrilla en el fresco de la mañana, usando zapatos cerrados y pantalones vaqueros largos para evitar las espinas, y las serpientes o lo que fuera que hubiera en esas malas hierbas, nos pusimos a trabajar; retiramos un montón de plástico, vidrio, papel viejo, y otros residuos no identificables de origen humano. Por la tarde localizamos un vivero cercano

3 Nota de traducción: En el texto original se utiliza la palabra *embody*, que en su traducción al castellano se traduce como "encarnar". Por petición de la autora, se utiliza la palabra "acuepar" para otorgarle un sentido político. El término *acuepar*, proviene del feminismo, su significado da cuenta de "la acción personal y colectiva de los cuerpos, indignados ante la injusticia que viven otros cuerpos, para proveerse entre sí, energía política para resistir y actuar contra las múltiples opresiones patriarcales, colonialistas, racista y capitalistas". Recuperado de: <https://n9.cl/k11op>.

dirigido por una mujer que cultivaba plantas comestibles y medicinales para el bienestar, en su granja familiar a las afueras de Chennai. Compramos lo que pudimos llevar de vuelta, junto con una bolsa de estiércol de vaca. La tarea de la tarde consistió en cavar, esparcir el estiércol y plantar diferentes hierbas, enredaderas y aloe vera, alrededor de los árboles más viejos y sedientos, en el suelo ya limpio. Colocamos un anillo de piedras alrededor de cada pequeña planta, a la noche, regábamos las plantas y nos alejábamos para contemplar los frutos de nuestros cuidados puestos en práctica.

Mi historia muestra cómo, en la práctica de la ecología política feminista, el cuidado tiene que ver con el cuidado de los demás y con los demás, incluidos los seres más que humanos. Tiene que ver con el percatarse del cambio, con tomarse el tiempo, con sanar y con el crear nuevos mundos. Estos tipos de viajes feministas nos permiten reunir y compartir conocimientos basados en el cuidado y el aprendizaje intencional, abrazando el arte de percatarse (Tsing, 2015).

Incluso en los pequeños actos de cuidado, las relaciones de cuidado son las que constituyen los procesos materiales y físicos cruciales para sostener los ecosistemas y los mundos vivos humanos, incluso aquellos mundos vivos más que humanos. Estas prácticas me dan sentido y esperanza, conducen a las amistades y a la comunidad, por lo que estoy agradecida.

Centrarse en el cuidado, como observó Puig de la Bellacasa (2017), requiere que cambiemos nuestros puntos de vista sobre prácticamente todo: sobre ontología, epistemología, ética y política. En un nivel, el cuidado es una actividad profundamente ligada al género y al tiempo que se destina para apoyar la integridad corporal, emocional y relacional de los seres humanos (y más que humanos). Pero en un sentido más profundo, el cuidado es un concepto ético y político, que reconoce que el cuidado es todo lo que hacemos para mantener, continuar y reparar nuestro mundo. Aunque sea limpiar los residuos y plantar un jardín o rescatar a los perros callejeros. En esta visión más profunda del cuidado, valorarlo es reconocer nuestra interdependencia mutua y nuestra necesidad de relaciones sostenibles y florecientes, y no meramente de supervivencia o instrumentales. Durante este viaje, fue posible hacer este trabajo de cuidado porque teníamos recursos económicos para hacerlo, pero también nos tomamos el tiempo para hacer una pausa y pensar cómo podíamos ofrecer alguna pequeña forma de restauración con otros seres más que humanos.

Esto se hace eco de la opinión de Tronto (1993), de que el cuidado es una “actividad de la especie”, en otras palabras, una parte esencial de la vida humana

y de la vida más que humana. Se trata de hermosas visiones que nos inspiran a pensar en el cuidado con los demás en nuestro propio contexto y trayectoria vital, y a considerar como relacionarnos con las y los demás.

Economía Política Feminista

Las relaciones económicas son la clave de nuestra vida bajo el capitalismo. Como señala Nancy Folbre, “los economistas han dado por sentado que el cuidado es una expresión de altruismo natural o biológico -bastante independiente del interés individual en el mercado-” (2014: 3). La comprensión de la ceguera de género (hacia el trabajo de cuidados de las mujeres, remunerado y no remunerado) en las relaciones económicas, ocupa un lugar importante en las explicaciones feministas de las desigualdades en el capitalismo (Elson, 1991). La revalorización de los cuidados es fundamental para esta crítica. Las economistas feministas señalan como el trabajo no remunerado, realizado típicamente por las mujeres en muchos lugares del mundo, es la base de la reproducción social o el trabajo invisible a través del cual se reproducen las economías y las sociedades capitalistas (Waring, 1988; Benería et al., 2003). Esto incluye el nacimiento y la crianza de los hijos, el cuidado de los amigos y los miembros de la familia, el mantenimiento de los hogares y las comunidades más amplias, y el mantenimiento de las conexiones emocionales y afectivas.

Algunas de las investigaciones pretenden medir y dar valor monetario al cuidado (Waring, 1988; Folbre, 2012), sin embargo mi interés es subrayar como las economistas feministas establecen que el trabajo de cuidado remunerado y no remunerado es crucial para el bienestar humano y el desarrollo económico. Desde la década de 1990, los estudios empíricos y analíticos, establecen como el trabajo de cuidados no remunerado de las mujeres es el pegamento que mantiene unidas las vidas humanas (Bauhardt, 2019). El trabajo necesario de dar a luz y cuidar a los niños, hacer y servir la comida, la limpieza de la casa, asumir la responsabilidad de los ancianos, se da por sentado y no es visto por los economistas convencionales, porque a menudo es realizado principalmente por las mujeres. El trabajo de cuidado es excluido a pesar de ser necesario para que el sistema económico continúe (Harcourt, 2014; Budlender, 2010).

En un artículo, de gran relevancia, basado en una serie de estudios empíricos globales, Shahra Razavi (2007), conceptualizó la conexión entre la acumulación de capital basada en el mercado (la economía de las mercancías), y la de la reproducción social no basada en el mercado (la economía de los cuidados no remunerados),

a través de un modelo de diamante de los cuidados que vincula a la familia/hogar, los mercados, el sector público y el sector sin ánimo de lucro (incluida la prestación voluntaria y comunitaria). Otras obras académicas, han analizado los patrones globales del trabajo de cuidados (cadenas de cuidados). Ehrenreich y Hochschild (2004), hablan de “déficit de cuidados” entre el mundo industrializado y el mundo en desarrollo, argumentando que las familias de clase media del Primer Mundo dependen ahora de quienes migran desde las regiones más pobres, para que les proporcionen cuidados gerontológicos, atención a la niñez, limpieza doméstica y servicios sexuales.

Desde la década de 2010, las economistas feministas se han centrado en la creciente crisis de los cuidados bajo las economías globales neoliberales. Los estudios han analizado las complejas intersecciones de clase, género y raza entre las vidas ocupacionales y sociales, y el problema real de entender como dividir el trabajo reproductivo mercantilizado y no mercantilizado, debido a la superposición emocional, íntima y afectiva (Olcott, 2011).

Fraser, describe la crisis de los cuidados en las sociedades capitalistas como una situación en la que:

[...] la economía capitalista se apoya -podría decirse que se aprovecha-, en las actividades de aprovisionamiento, cuidado e interacción, que producen y mantienen los vínculos sociales, aunque no les concede ningún valor monetario y las trata como si fueran gratuitas”. Llamada de diversas maneras: “cuidado”, “trabajo afectivo” o “subjektivación”, dicha actividad configura a los sujetos humanos del capitalismo, sosteniéndolos como seres naturales que acuepan, al tiempo que los constituye como seres sociales, formando su *habitus* y el ethos cultural en el que se mueven (2016:101).

En una entrevista durante el COVID-19, Fraser sostiene que el coronavirus revela la “factura no pagada de la reproducción social que se ha ido acumulando durante décadas”, y pide una reorganización de la sociedad (Chang, 2020).

Segunda historia: Comunidades solidarias

Durante los últimos 18 meses de COVID, yo, como muchos otros académicos asalariados privilegiados, pudimos trabajar desde casa. Además, recibí mucho apoyo de mi institución para familiarizarme con las tecnologías en línea y con la forma de pasar de las reuniones presenciales de enseñanza e investigación a las

reuniones virtuales. Mis colegas, mis amigos y mi familia tenían ordenadores y teléfonos inteligentes. Si bien estuve sola en mi apartamento y que durante meses no pude ver a mis amigos o a mi familia, pero estaba conectada globalmente a medida que los encuentros en persona se transformaban cada vez más en eventos virtuales. Estaba en un capullo de privilegio solitario, pero conectado. Varios proyectos colectivos prosperaron cuando aprendimos a tomarnos tiempo para compartir nuestras emociones y temores sobre la pandemia -aunque fuera de manera virtual-, junto con los objetivos políticos o profesionales que nos unían. En las reuniones de Zoom subrayamos la necesidad del autocuidado y de no tener miedo a mostrar los sentimientos -quebrantando así, me pareció-, las barreras intergeneracionales profesionalizadas.

Esto fue importante y reconfortante, pero lo que más aprendí durante COVID fue el privilegio que disfruté. Aunque me sentí vulnerable viviendo sola, y por lo cual por primera vez guardé el número de emergencia en mi teléfono junto a mi cama, y mis estudiantes se ofrecían a hacer las compras de mis víveres, me sentí segura y sobre todo protegida. Sin embargo, escuché a colegas más jóvenes que viven en los Países Bajos, el Reino Unido, Australia, Alemania e Italia, luchar por equilibrar el trabajo de cuidado de las hijas, hijos y maridos. Me di cuenta de la creciente precariedad de muchos/as estudiantes, licenciados/as y jóvenes, a medida que disminuían los empleos informales a tiempo parcial en las hosterías y en el trabajo doméstico. Escuché y empecé a leer informes sobre el aumento de la violencia de género en todas partes.

Lo que más destacó entre las anécdotas que escuché y leí a través de una telaraña de conexiones, fue la fuerte resistencia liderada por mujeres. Desde historias alentadoras de mujeres costureras haciendo máscaras para las comunidades locales, hasta las miles de cocinas comunitarias dirigidas por mujeres en asentamientos urbanos, como Lima y las favelas de Río, pasando por la serie de cocinas comunitarias en la India creadas por las redes de mujeres de todo el país. Los grupos de mujeres exigían justicia, formando alianzas más allá de la raza, la clase y la casta, lo que ilustra la fuerza del trabajo de cuidado de las mujeres y como estas raíces se extendieron en respuesta a la crisis.

Pero el contexto importa, ya que no a todos nos afectó el COVID-19 de la misma manera. Lo que me hizo comprender esto, fue una conversación que mantuve con una amiga de la India. Con mis nuevos audífonos (air pods, otorgados por mi institución), una mañana estaba ocupada limpiando la casa, mientras escuchaba como grupos de mujeres habían estado proporcionando comida y agua a

los trabajadores migrantes en su camino de vuelta a sus pueblos durante el encierro. Una de ellas hizo una pausa durante la entrevista, y luego añadió, y aquí parafraseo, “pero nada de esto era tan diferente de lo que siempre hacemos y siempre esperamos... COVID o no, vivimos con estas desigualdades y con la incapacidad del Estado. Para hacerles frente, sabemos que tenemos que autoorganizarnos con otras mujeres de distintas clases y castas”.

Ella continuó, y en ese momento dejé de limpiar, y escuché con atención. “En Europa -conjeturo-, debe haber sido un shock ver la poca atención que el Estado proporciona a las personas migrantes o a las y los jóvenes, y lo injusto que es el sistema, y lo dependiente que eres al final, de las conexiones invisibles con los demás, que su riqueza y privilegio les permite. Pero, dónde está tu comunidad...” Este relato me hizo detener, y me obligó a ver, como mi cómoda vida estaba afianzada en un imaginario incuestionable de lo que el Estado proporcionaría, y que el COVID solo me había obligado a retroceder, y no a reaccionar, todavía, por una reorganización de la sociedad.

El cuidado como resistencia a los conocimientos dominantes

Como demostró esa conversación con mi amiga india, en estos tiempos de crisis, hay un llamamiento para que las feministas occidentales aprendan de otras experiencias y otros conocimientos. Stefania Barca (2020), propone que aprendamos de la justicia narrativa, un proyecto para contar historias aparte de las dominantes, sobre las historias de habitación de la tierra, para que las feministas occidentales puedan aprender de los grupos campesinos, afrodescendientes, mestizos e indígenas que están a la vanguardia de la resistencia antiextractiva en todo el mundo. Como colona blanca académica, parte de mi responsabilidad es prestar atención sostenida y respetuosa a estas historias, que me ayudan a comprender los conocimientos humanos y los conocimientos más que humanos.

Como afirmó la académica, de la primera nación, Irene Watson:

Tenemos que escuchar al mundo natural constantemente; ahora está cambiando, aullando, lloviendo y secándose. Tenemos que vigilar continuamente las industrias extractivas peligrosas que pueden dañar nuestros ecosistemas naturales. Las Primeras Naciones nunca han dejado de vigilar y actuar, el mundo no indígena tiene que aprender a ser recíproco y compartir la responsabilidad que tenemos con el mundo natural, tal vez este podría empezar por escuchar profundamente al mundo indígena (2018: 139).

Los conocimientos occidentales sobre el género y el medio ambiente no se basan en los “milenios de compromiso con los entornos sensibles, con cosmologías que entrelazan a las personas en complejas relaciones entre ellas y todas las relaciones” (Barca, 2020: 6). Este fracaso es generalizado, aunque se habla de enfoques decoloniales y se escucha a más estudiosas/os indígenas sobre el papel actual y crítico de los conocimientos indígenas, para la supervivencia de las multiespecies y el papel actual del colonialismo, la escucha sigue estando en un nivel preocupante e incipiente.

Todavía estamos aprendiendo a entrelazar las perspectivas ecológicas, decoloniales, de clase y de especies; en la transición hacia una sociedad y una economía más justas, no podemos ignorar el impacto del capitalismo neoliberal y del desarrollo moderno basado en relaciones profundamente coloniales y racializadas. El imaginario del mundo occidental, hegemónico, patriarcal y blanco, borra otros conocimientos y formas de vivir con la naturaleza. Lo que es considerado conocimiento legítimo y formas de vivir es muy estrecho, eurocéntrico y excluyente. Es necesario reconocer las formas de vida múltiples o pluriversales y las relaciones desordenadas y complejas de la humanidad y de otros seres. Tenemos que hacer frente a la narrativa dominante y ayudarnos a cuestionar quiénes consumen y quiénes son consumidos.

Aquellos que viven con privilegios, necesitan redescubrir como aprender a trascender las mentiras del desarrollo económico, escuchando a aquellos que han aprendido a vivir con la pérdida, recentrándose lejos de la narrativa hegemónica, buscando recuperar nuestra capacidad de relación con la vida. Necesitamos desafiar la desposesión y la devaluación de la vida en todas sus formas y ser explícitamente anticolonialistas y antiextractivistas. Tenemos que trabajar para reparar y ampliar la solidaridad, no para reproducir el dominio. Las relaciones asistenciales están arraigadas en historias coloniales que siguen borrando cuerpos, voces y conocimientos marginales. Necesitamos encontrar formas de reclamar y escuchar las historias plurales y los diversos significados culturales.

Tercera historia: Aprendiendo del Guriwil

En Australia se están realizando pequeños pero crecientes esfuerzos para reconocer la comprensión pluriversal de cómo cuidar la Tierra o el país, reconociendo las diferentes comprensiones ontológicas y epistémicas de las Primeras Naciones y de los colonos blancos (Harcourt, 2021). La siguiente historia, trata de cómo

se invita a los colonos blancos a aprender, poco a poco, a comprometerse con las culturas de las Primeras Naciones y el conocimiento de la naturaleza y la conexión profunda con los seres más que humanos.

Mientras estuve en Australia durante el COVID en junio de 2021, era la temporada en la que las ballenas se movían a lo largo de la costa, para parir en el norte. Sentada en el balcón de mi hermano y caminando por la playa temprano en la mañana, aprendí el arte de ver ballenas. Mi madre, confinada en casa con mi padre, no tuvo la oportunidad de ver a las ballenas desde la ventana de su habitación, así que mi hermano se ofreció a cuidar de mi padre una tarde, y mis padres invitaron al resto de la familia a una expedición para verlas. Reservamos en el Tribal Warrior, que estaba dirigido por gente de Gadigal de la comunidad de Redfern. Sabíamos, por mi hermana, que trabajaba con gente de las Primeras Naciones, que estos viajes devolvían el dinero a la comunidad como parte de sus esfuerzos por ser económicamente autosuficientes y, como parte de un deber consagrado de compartir su aprendizaje con los turistas/visitantes.

Un anciano aborígen y un guía, dirigieron el paseo en barco de tres horas de duración junto con un científico de los servicios de parques y vida salvaje de Nueva Gales del Sur. El anciano compartió las historias de la Guriwil (ballena), subrayando la conexión y la responsabilidad de las comunidades aborígenes con las ballenas en Garrigarrang: El País del mar, por miles de años. Él y otros miembros de la comunidad de Gadigal que estaban en el barco, invitaron a la gente a participar en las canciones para invocar a las ballenas y luego a darles las gracias. Cuando volvimos a casa, señaló lugares con obras de arte indígena, que representaban ballenas escondidas en los acantilados rojos que bordean la costa oriental.

Viajamos por un hermoso mar en calma, bajo un cielo azul, y vimos muchas ballenas. Escuchamos los relatos de la Nación Gadigal sobre el respeto a las ballenas y la vida con ellas, siguiendo la filosofía espiritual, cultural y ecológica de “caminar ligero por el país”. Las historias, danzas y canciones que escuchamos en el barco, forman parte de sofisticados sistemas de conocimiento en los que los seres humanos y los seres más que humanos, se observan íntimamente conectados. Tal y como nos informó el anciano y guía, al contar las historias, él tiene la obligación de recordar a los ancestros, preservar sus enseñanzas y respetar su presencia continua. Nos explicó que estábamos viendo muchas ballenas, porque estas lo deseaban y que estaban allí para saludarnos, y nos invitó a devolverles el saludo.

Junto a estas antiguas historias de los pueblos Gadigal, de cómo se relacionaban y convivían con las ballenas, nos contaron en términos menos prosaicos,

la perspectiva científica. El científico/guardaparques nos explicó que estábamos viendo ballenas porque era un buen día despejado, y los barcos que nos rodeaban daban información de dónde se podían encontrar manadas de ballenas. Había 34.000 ballenas en las aguas, estas cifras eran saludables y estaban en aumento, debido a la política del Gobierno de proteger a las ballenas, una política que había recuperado totalmente las cifras que se habían reducido a menos de 6.000, antes de que se prohibiera la caza de ballenas en Nueva Gales del Sur, en 1978.

Las diferentes historias sobre cómo interpretar los avistamientos de ballenas, o los saludos, no impidieron el placer de ver como ellas se acercaban a nosotros y se zambullían juguetonamente bajo nuestros barcos. Fue un momento que me sugirió formas de avanzar, y como la resistencia funciona de maneras inesperadas: contando historias, mediante actos de solidaridad que reconocen historias que se remontan a miles de años, antes de las violentas historias coloniales.

Se nos invitó, como visitantes, a ser solidarios con los pueblos de las Primeras Naciones y con la naturaleza que nos rodea, a respetar y escuchar a las ballenas y a los conocimientos indígenas de los pueblos Gadigal, transmitidos de generación en generación. Al mismo tiempo, la reparación consistía en vivir con la diferencia. También se nos invitó a apreciar el cuidadoso trabajo de los conservacionistas. Se mostró, en pequeña medida, la posibilidad de que los diferentes conocimientos trabajen juntos para cuidar y atender a las ballenas y a los pueblos que comparten el Garrigarrang: País del Mar.

Decrecimiento: ¿cómo trabajar para reparar y ampliar la solidaridad?

De regreso a Europa, participé en agosto de 2021 en la 8ª Conferencia Internacional de Decrecimiento sobre comunidades solidarias para el cambio radical, que llevaba dos años preparándose. Aquí también pude mirar posibilidades de reparación y solidaridad. El decrecimiento en la última década, está atrayendo a un número creciente de académicos y activistas que quieren construir sociedades de convivencia, justas y sostenibles. El decrecimiento demuestra que el cuidado -como proceso de solidaridad y justicia-, es fundamental para acabar con la búsqueda de un crecimiento económico sin fin, basado en prácticas de sobre-extracción y sobreconsumo. Cuidar de nosotros mismos y de los demás significa mantenerse dentro de los límites ecológicos de nuestro planeta, al tiempo que se

garantiza una buena vida, en la que el cuidado se organiza a través de la justicia de género y la sostenibilidad ecológica.

Las feministas del decrecimiento, Corinna Dengler y Miram Lang, sugieren que el decrecimiento requiere de nuevos acuerdos sociales en los que, una ‘*reproducción comunitaria*’, “tendría en cuenta los acuerdos sociales del cuidado y la reproducción de la vida” (2021: 17). Prevén que las comunidades europeas, aprendan de los bienes comunes asistenciales del Sur Global que han sobrevivido a la intrusión colonial en los márgenes del capitalismo. Su estrategia para crear un cuidado comunal consiste en “ampliar la escala” (expansión horizontal), a medida que las comunidades redescubren las relaciones sociales con la naturaleza (Ídem: 21).

Tal y como sugiere esta visión del decrecimiento, cambiar nuestra forma de pensar, nuestros deseos, hábitos y maneras de estar con los demás, requiere de nuevas relaciones de cuidado. Aprender a cuidar se convierte en un trabajo político y sustantivo, que puede desbaratar las injusticias de género y las continuidades coloniales que conforman las relaciones sociedad-naturaleza del capitalismo patriarcal. Centrar el concepto de cuidado, puede ayudarnos a construir sociedades basadas en un procomún de relaciones de cuidado, que se alejen del crecimiento y se dirijan hacia el bienestar y la equidad (Di Chiro, 2019).

Estrategias para el cuidado colectivo

Al asumir las posibilidades de cuidado que otros mundos ofrecen, necesitamos escuchar la pluralidad de experiencias desde una posición de esperanza, a través de la construcción del cuidado colectivo con otros. El cuidado colectivo es una práctica compleja que implica el compromiso intencional con otros cuerpos y mundos en relaciones continuas. Es un abrazo colectivo encarnado, material y emocional, en el que nos vinculamos con nosotras/os mismas/os, con las comunidades y con los mundos naturales y sociales.

Aprendiendo de la praxis feminista, el cuidado colectivo se basa en la comprensión de las conexiones que reconocen el trabajo de reproducción social y la interseccionalidad de género, raza, clase, discapacidad, edad y sexualidad. Se trata de la supervivencia colectiva, en un mundo en el que muchas vidas son más precarias que otras. Se trata de la solidaridad y la colaboración, donde el cuidado es una práctica con carga ética y política (Puig de la Bellacasa, 2017).

Al escribir desde mi posición de feminista, blanca, colona, titulada como profesora, para los próximos años en una universidad europea, situar el cuidado

colectivo en el centro de mi trabajo significa que tengo que rehacerme a mí misma, mis prácticas y mi mundo: lo que significa, desde donde estoy, y con quien me conecto, reconocer mi vulnerabilidad mientras trabajo con otras/os para ser responsable y rendir cuentas a todos los seres vivos.

Todavía estoy descubriendo cuáles pueden ser estos cambios, algunos son pequeños: no estoy comprando ropa nueva, estoy disfrutando del placer de la Tierra y otros seres que habitan la tierra, descubrí un bosque cercano donde ahora observo las flores, los petirrojos y he superado mi miedo a los perros (que también están disfrutando del bosque con sus compañeros). También estoy profundizando en las amistades con personas más jóvenes, encontrando el valor para reclamar mi ser *queer*, y aprendiendo que futuro buscan y cómo puedo apoyarles y ser apoyada mientras envejezco. Y reconozco lo importante que es mantener la conexión con mis padres. A nivel político, he vuelto a mi anterior trabajo feminista para prevenir la violencia de género, trabajando con grupos feministas que acogen a mujeres migrantes y refugiadas.

El COVID-19, nos ofreció la oportunidad de examinar más de cerca quiénes somos en relación con los demás, y quiénes son responsables del cuidado en nuestra vida cotidiana. En Europa, la prensa y los políticos reverenciaron al personal médico y de enfermería, al profesorado, y a todas las personas que realizan trabajos vitales. El cambio de nuestros ritmos cotidianos, el desequilibrio entre la vida laboral y la familiar nos hizo repensar nuestro tiempo, nuestras formas de estar con los demás y las mejores maneras de vivir para tener una vida más sana, equilibrada y justa con las personas, los seres vivos y la naturaleza. La crisis climática hace que estas cuestiones y cambios sean aún más imperativos.

En mis reflexiones sobre los escritos y las prácticas feministas del cuidado en estos tiempos inciertos, he intentado reimaginar qué es el cuidado y en qué podría convertirse al interactuar con otros seres, para aprender a cuidar mejor colectivamente, mientras reconstruimos el pasado, el presente y el futuro. Inspirada por muchas conversaciones y escritoras feministas, he argumentado que el pensamiento y la acción feministas sobre las relaciones de cuidado deben ser fundamentales para la transición hacia una sociedad justa; que situar el cuidado en el centro de la economía, la sociedad y nuestras relaciones con el medio ambiente es crucial para nuestra vida cotidiana y nuestra supervivencia planetaria.

Se trata de abordar grandes cuestiones, hablar del cuidado colectivo, posiblemente puede parecer utópico, y al igual que los oscuros y opuestos mensajes de crisis y fatalidad, de que no hay más alternativa que seguir como hasta ahora,

puede paralizarnos. Por eso es importante contar historias, compartir pequeñas historias de posibilidades. En mis historias de jardinería de guerrilla, aprendiendo de las acciones autónomas de los movimientos de mujeres en la India, y en las historias pluriversales de cuidado de las ballenas, están las pruebas tangibles de dónde importa el cuidado, de cómo las relaciones de cuidado pueden cambiar, redefinirse y, de la importancia de valorar el cuidado como una práctica ética y política.

Bibliografía

- Agarwal, Bina
1992. "The Gender and Environment Debate: Lessons from India". In *Feminist Studies*, Vol. 18, N° 1.
- Barca, Stefania
2020. *Forces of Reproduction*. Cambridge University Press. Cambridge.
- Bauhardt, Christine
2014. "Solutions to the Crisis? Green New Deal, Degrowth, and Solidarity Economy: Alternatives to the Capitalist Growth Economy from a Feminist Economics Perspective". In *Ecological Economics*, Vol. 102, Issue C.
- Benería, Lourdes; Günseli, Berik & Floro, Maria
2003. *Gender, Development, and Globalization. Economics as if All People Mattered*. Routledge. New York/London.
- Budlender, Debbie (Ed.)
2010. *Time Use Studies and Unpaid Care Work*. Routledge. London/New York.
- Chang, Clio
2020. "Taking Care of Each Other Is Essential Work: Interview with Nancy Fraser". In *Vice*. Recuperado de: <https://n9.cl/rc50v>.
- Dankelman, Irene
2010. *Gender and Climate Change: An Introduction*. Routledge. London.
- De Jong, Sara; Icaza, Rosalba & U. Rutazibwa, Olivia
2018. *Decolonization and Feminisms in Global Teaching and Learning*. Routledge. London.
- Dengler, Corinna & Lang, Miriam
2021. "Commoning Care: Feminist Degrowth Visions for a Socio-Ecological Transformation". In *Feminist Economics*. DOI: <https://n9.cl/qna9bw>.
- Dooren, Thom van
2014. "Care". In *Environmental Humanities*, Vol. 5. DOI: <https://n9.cl/s1zkq>.
- Di Chiro, Giovanna
2019. "Care not growth: Imagining a subsistence economy for all". In *The British Journal of Politics and International Relations* Vol. 21(2). DOI: <https://n9.cl/tqbr6>.

- Ehrenreich, Barbara and Hochschild, Arlie (Eds.)
2004. *Global Woman: Nannies, Maids, and Sex Workers in the New Economy*. Metropolitan Books. New York.
- Elmhirst, Rebecca
2018. “Ecologías políticas feministas: perspectivas situadas y abordajes emergentes”. González, Marien (Trad.). En *Ecología Política*, N° 54. Recuperado de: <https://n9.cl/18n6z>.
- Elson, Diane (Ed.)
1991. *Male bias in the development process*. Manchester University Press. Manchester.
- Folbre, Nancy
2014. “Who Cares? A Feminist Critique of the Care”. Rosa Luxemburg Stiftung. New York Office.
____ (Ed.)
2012. *For Love and Money. Care Provision in the United States*. Russell Sage Foundation. New York.
- Fraser, Nancy
2016. “Contradictions of Capital and Care”. In *New Left Review*, N° 100.
- Gaard, Greta (Ed.)
2011. Ecofeminism Revisited: Rejecting Essentialism and Re-Placing Species in a Material Feminist Environmentalism. In *Feminist Formations*, 23(2). Philadelphia, PA.

1993. *Ecofeminism: Women, Animals, Nature*. Temple University Press. Philadelphia.
- Haraway, Donna
2016. *Staying with the Trouble: Making Kin in the Chthulucene*. Duke University Press. Durham, NC.
- Harcourt, Wendy
2021. “Rethinking life-in-common in the Australian landscape”. In *Environment and Planning E: Nature and Space*. DOI: <https://n9.cl/cjz33>.

2014. “The future of capitalism: a consideration of alternatives”. In *Cambridge Journal of Economics*, Vol. 38, Issue 6.
____ (Ed.)
2012. *Women Reclaiming Sustainable Livelihoods* Palgrave. London.

1994. *Feminist Perspectives on Sustainable Development*. Zed Books. London.
- Harcourt, Wendy & Ingrid L., Nelson (Eds.)
2015. *Practicing feminist political ecologies: Moving beyond the “Green Economy”*. Zed Books. London.
- Kabeer, Naila; Razavi, Shahra & Rodgers, Yanna van der Meulen
2021. “Feminist Economic Perspectives on the COVID-19 Pandemic” In *Feminist Economics*, Vol. 27, Issue 1-2. DOI: <https://n9.cl/o85ev>.

- King, Ynestra
1989. The Ecology of Feminism and the Feminism of Ecology. In *Healing the Wounds: The Promise of Ecofeminism*. Plant, Judith (Ed). New Society Press. Philadelphia, PA.
- Mellor, Mary
1997. *Feminism & Ecology*. New York University Press. New York.
- Merchant, Carolyn
1995. *Earthcare: Women and the Environment*. Routledge. New York.
- Oclott, Jocelyn
2011. "Introduction: Researching and Rethinking the Labors of Love". In *Hispanic American Historical Review*, Vol. 91, Issue 1. Recuperado de: <https://n9.cl/3w74k>.
- Plumwood, Val
2012. *Eye of the Crocodile*. Australian National University E-Press. Canberra. Recuperado de: <https://n9.cl/l0q84>.
-
1993. *Feminism and the Mastery of Nature*. Routledge. London.
- Puig de la Bellacasa, María
2017. *Matters of Care. Speculative Ethics in More than human worlds*. Minnesota University Press. Minneapolis.
- Roy, Arundhati
2020. "The Pandemic is a Portal". In *Financial Times*. Recuperado de: <https://n9.cl/flc25d>.
- Rose, Deborah Bird
2013. "Slowly. Writing into the Anthropocene". In *TEXT*, N° 20, (Special Issue). Recuperado de: <https://n9.cl/jybly>.
- Tronto, Joan
2010. "Creating Caring Institutions: Politics, Plurality, and Purpose". In *Ethics and Social Welfare*, Vol. 4, Issue 2.
-
1993. *Moral Boundaries: A Political Argument for an Ethic of Care*. Routledge. New York/London.
- Tronto, Joan & Fisher, Berenice
1990. Toward a Feminist Theory of Caring. In *Circles of Care. Work and Identity in Women's Lives*. Abel, Emily & Nelson, Margaret (Eds.) SUNY Press. New York.
- Salleh, Ariel (Ed.)
2009. *Eco-Sufficiency & Global Justice: Women Write Political Ecology*. Pluto Press. London.
- Sandilands, Catriona
2001. "Desiring Nature, Queering Ethics". In *Environmental Ethics*, 23(2).
- Seager, Joni
1993. *Earth Follies: Coming to Feminist Terms with the Global Environmental Crisis*. Routledge. New York.

Shiva, Vandana

1988. *Staying Alive: Women, Ecology and Development*. Zed Books. Solnit. London.

Rebecca, Solnit

2020. “‘The impossible has already happened’: what coronavirus can teach us about hope”. In *The Guardian*. Recuperado de: <https://n9.cl/cfw24>.

Tsing, Anna Lowenhaupt

2015. *The Mushroom at the End of the World: On the Possibility of Life in Capitalist Ruins*. Princeton University Press. Princeton, NJ.

Warren, Karen (Ed.)

1994. *Ecological Feminism*. Routledge. New York.

Waring, Marilyn

1988. *If Women Counted. A New Feminist Economics*. Macmillan. London.

Watson, Irene

2018. “Aboriginal relationships to the natural world: colonial ‘protection’ of human rights and the environment”. In *Journal of Human Rights and the Environment*, Vol. 9, Issue 2. DOI: <https://n9.cl/6b3qw>.

Yeates, Nicola

2004. “Global Care Chains”. In *International Feminist Journal of Politics*, Vol.6, Issue 3. DOI: <https://n9.cl/c4pp1>.